

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XVI. — NÚM. 734

Madrid, 31 de Octubre de 1935

PRECIO: 25 CÉNTS.

CRÓNICA

La maldita conquista del Aire.

Luis Bagaría, en amena charla, nos recordaba uno de sus viejos trabajos, uno de aquéllos que él, en tiempos, llamaba «dibujos de almohadón». Su madre lo decía de otro modo:

— Pero, hijo, ¿es posible que con esos «caracoles» que dibujas ganes dinero?

Dinero y fama. El «caracol» a que entonces se refería representaba un tribunal de animales, constituido para juzgar a otro animal. Entre aquellas bestias había fieras. Presidía el hipopótamo. El acusado era un mico. Sentado en el banquillo, muy amarrado con cadenas, lloriqueando, angustiado, antes de que la fiera fiscal formule acusación, el mono se dirige al presidente:

— ¿Por qué me queréis juzgar, de qué me acusáis? ¿Qué mal puedo yo, pobre de mí, haberos hecho?

Entonces el presidente le responde:

— No te juzgamos por tus actos, sino por lo que eres: porque entre todos los irracionales, fíjate bien, eres el único que se parece al hombre.

El mico replica, más angustiado aún:

— ¿Y qué culpa tengo yo de esta desgracia, del dolor de parecerme al hombre?

Es muy fina la ironía del simpático artista catalán.

Quizás en el mundo zoológico hay aversión al mono, no por él mismo, sino por lo que sugiere. Están los animales tan tranquilos, en el campo, en los bosques, en la montaña, libres de sobresaltos, embriagados en los encantos de la Naturaleza, «viviendo su vida». Pero de pronto aparece el mono, el pobre mono, tan pacífico, tan inofensivo, tan juguetón, tan gracioso, y hasta las fieras se estremecen. No por el mico, del que nada temen, sino porque les recuerda al otro, al enemigo de todas las especies: al hombre.

El hombre, enemigo de todos los animales; el hombre, enemigo también del hombre. Hay un algo común a hombres y bestias: el amor a la vida y el amor a la libertad. No hay bicho viviente que en cuanto presiente al hombre no tema por su libertad y por su vida. Son también muchos los hombres que ante otros hombres, o al recuerdo de otros hombres, sufren idéntico temor.

El hombre—genio y maldad—padece narcisismo; siente el orgullo de esa cosa rara, elaborada por los hombres a fuerza de siglos y maldades, bautizada con nombre también raro, nombre que hace reír: ¡civilización!

Civilización, cultura, estudio, explotación de todo lo explotable, de la naturaleza pasiva y de la naturaleza activa, tierra, agua, aire. Se explota todo lo que alienta, a los animales y a los hombres.

Contra los animales se inventó la caza, la pesca, los mataderos de reses, las cocinas, las plazas de toros, las casas de fieras, las carreras de caballos, los circos de gallos... Para los hombres se inventaron prisiones, galeras, cadenas, tormentos, venenos, cadalsos, trata de negros, explotación de blancos, armas cortantes y tajantes, fusiles, balas dum-dum, ametralladoras, cañones de tiro rápido y de gran alcance, pólvora, dinamita, nitroglicerina, plancastita, bombas incendiarias, gases asfixiantes y venenosos, toda la gama de la maldad en su máximo refinamiento, todo lo cruel. Y todo ello, para lo más cruel: la guerra.

El hombre, gran investigador, ha estudiado minuciosamente la fisiología y sociología de todas las especies, hasta las danzas sexuales

de los insectos. Y ha podido comprobar que entre los brutos no se da el caso de aglomeraciones de una especie para pelearse con aglomeraciones de la misma especie; no hay ejércitos de leones contra

leones, ni de serpientes de cascabel contra serpientes de cascabel, ni cocodrilos contra cocodrilos. Sólo hay ejércitos de hombres contra hombres. Pasa así porque las bestias no están civilizadas todavía; en cuanto estén, ya verán ellas lo que es bueno.

Al hombre, amo de tierra y mar, le faltaba un elemento. Su última infamia ha sido la conquista del aire.

¡La conquista del aire! ¿Para qué? No precisamente para sembrar felicidad sobre la tierra, para dicha de la Humanidad. Es vieja la envidia de los hombres a los pájaros, el afán de volar, volar, remontarse. Ya en el libro primero de las religiones de la India se nos cuenta que Hanouman se lanzó al aire desde una colina, cayendo en el Lauka, como tenía previsto. Ya Ovidio nos cuenta la fábula de Icaro y Dédalo. Y en el siglo xv, un artista insigne, Leonardo de Vinci, compra en el mercado de Florencia toda clase de aves, que suelta a volar ante los asombrados vendedores. Es para observar los movimientos de las alas. De él son los primeros estudios serios sobre el problema de la aviación. Suya la afirmación admirable del «más pesado que el aire», teoría base del aeroplano moderno. Luego, una serie enorme de inventores, de fracasos y aciertos, hasta los actuales pájaros mecánicos, saltando en horas de una a otra orilla del Atlántico, cruzando los desiertos africanos, revoloteando por regiones polares.

Vuelve a los puntos de la pluma la anterior interrogante: ¿para qué? ¿Fue sólo por competencia con las aves, con águilas y buitres? ¿Fueron anhelos de velocidad, ansia de exploraciones imposibles antes? ¿Se creyó que ello daría facilidades a la vida humana, que haría más felices a los hombres? Ello ha sido. Se ha saltado rápidamente de un punto a otro del planeta; las multitudes, y hasta los Gobiernos, se han preocupado de los saltos; todos los medios transmisores, cables y telegrafías, han funcionado dando cuenta constante y detallada de los recorridos; las llegadas de los aviadores han sido esperadas por muchedumbres apasionadas; fueron acogidos triunfalmente; se organizaron recepciones, banquetes oficiales, discursos, brindis, relatos de Prensa... También hubo saltos desgraciados, que conmovieron a Europa y América, que costaron la vida a los aviadores.

La perversidad humana comprendió en seguida que la conquista del aire podía aprovecharse para la más grande de las infamias: la guerra. No hubo escrúpulos ni vacilaciones. Volar sólo por volar no tenía gracia. El mérito estaba en hacer daño desde los vuelos, mucho daño; matar gente, mucha gente; matar en asombrosa serie, como nunca se hizo. Entonces se dió gran impulso a la química, se perfeccionaron toda clase de gases incendiarios y venenosos.

Y tuvo un pueblo latino la desgracia de inaugurar tan reprochables procedimientos. Siempre hay un pretexto que pretende justificar las malas acciones. Esta vez se ha recurrido a la superpoblación: «No cabemos ya en nuestro país. Hemos aumentado mucho, somos cuarenta millones. Hay allá una nación de sólo diez millones, con una extensión territorial enorme. Les sobra tierra, ¡Vamos por ella! Además, son gentes atrasadas, raza inferior, ne-

grós; ni siquiera fascistas. Hay que civilizarlos.» Se empieza, como siempre, por modestos incidentes de frontera, provocados por los expansionistas. Se da gran importancia a los incidentes. Se acumulan calumnias contra los muy dentro de su tierra, sin meterse con nadie. Se piden explicaciones. Nunca satisfacen las recibidas. Aumentan las exigencias. Por lo menos, un protectorado, una zona extensa de colonización. El pueblo libre, por dignidad, por patriotismo legítimo, rechaza una protección que no necesita. Movilizaciones espectaculares, y a la invasión.

Y desde los malditos aeroplanos se empieza la obra civilizadora, incendiando aldeas, asesinando mujeres y niños.

El hombre, enemigo del hombre. Y cuanto más «civilizado», más enemigo.

Estoy en pecado. La misericordia divina sea conmigo. Jesús mandó que nos amáramos los unos a los otros. Yo soy hombre de amor. Amo a los italianos y a los abisinios. Pero no puedo amar a los que desencadenan guerras. No puedo, no puedo. ¡Malditos sean!

LUIS VILLAOZ.

“¡POST TENEBRAS LUX!”

ESTA noche hace justamente cuatrocientos dieciocho años que el fraile agustino Martín Lutero clavó sus famosas tesis en las puertas de la Iglesia del castillo de Wittemberg, en Alemania, y por eso el mundo evangélico recuerda el 1.º de Noviembre aquella memorable fecha, considerando como la Fiesta de la Reforma, ya que la Reforma no fué obra ni de un hombre ni de un día. Sin embargo, se ha considerado aquel 31 de Octubre de 1517 como el día de la Reforma, porque el valiente arranque del fraile célebre constituyó un reto que públicamente se lanzó al pontificado; porque las noventa y cinco tesis que el fraile presentó encerraban el germen de la Reforma; porque ellas dieron origen a la Iglesia Protestante, al consignar que *el único tesoro verdadero de la Iglesia es el Evangelio santísimo de la gloria y gracia de Dios*; y porque al extenderse aquel movimiento por toda Europa, cual reguero de pólvora, dió universalmente origen a un movimiento que cambió por completo el modo de ser de los Estados que lo abrazaron.

No es nuestro propósito historiar la Reforma, ni biografiar sus hombres, ni analizar sus consecuencias. Sería ocioso repetir lo que otros han dicho con más competencia y más autoridad que nosotros. Solamente queremos aprovechar la circunstancia de publicarse hoy ESPAÑA EVANGÉLICA para hacer algunas consideraciones sobre la gran verdad que encierra el título que hemos puesto a la cabeza de estas líneas, y cuya demostración más elocuente la tenemos en la Reforma religiosa. «¡Post tenebras lux!» Tras las tinieblas la luz.

En la pintoresca Suiza, mecida dulcemente por las tranquilas aguas del lago Lemán, se halla la hermosa ciudad de Ginebra, cuyas calles recorriamos no hace muchas semanas, rememorando las escenas del siglo XVI, que tan magistralmente nos pinta Déborah Alcock en su novela «Bajo la influencia de Calvino». Ginebra fué una de las ciudades que primero aceptaron la Reforma, viniendo a ser el centro de este movimiento para Suiza, Francia, Italia, Inglaterra y el occidente de Alemania. Esta ciudad, que por mucho tiempo fué considerada como la Ro-

ma protestante, tiene como lema estas palabras: «¡Post tenebras lux!», que son un hermoso enunciado de la fe de la Reforma.

Hace una infinidad de años, miles, quizá millones, que el Universo era un informe caos en el cual reinaban las más profundas tinieblas. *Las tinieblas estaban sobre la haz del abismo*, que dice el Génesis. Pero de pronto vino la voz: «¡Fiat lux!», y *fué la luz*. Estas fueron las primeras tinieblas que hubo en el mundo, y esta fué la primera luz que sucedió a las tinieblas. «Post tenebras lux». Y aquella luz dió calor y vida a un mundo que fué creado para morada del hombre. A un mundo incomparablemente hermoso, donde todo lo que había era bueno en gran manera. Las altas montañas, los verdes prados, los inquietos arroyos, los tranquilos ríos, los imponentes mares, las mansas bestias y el hombre feliz, fué el cuadro radiante de luz y de belleza que sucedió a las primeras tinieblas.

Pero el hombre amaba más las tinieblas que la luz. Su corazón se endureció; la maldad se apoderó de su alma; los mandatos de Dios fueron olvidados, y poco a poco las tinieblas más intensas volvieron a cubrir la tierra, hasta que un día, *el pueblo que andaba en tinieblas, vió gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos*. «¡Post tenebras lux!»

Aquella luz era Cristo, la luz que alumbra a todo hombre, viniendo a este mundo; la luz que venía para que todo el que la recibiese no anduviera más en tinieblas. Pero muchos que habían recibido aquella luz, no hicieron más que recrearse en ella por un poco de tiempo. Los que debieron reflejar aquella luz y ser luces en el mundo, encerraron la luz en un armario, para que allí se consumiera, y señalaron a los hombres el camino de las tinieblas.

Y cuando más profundas eran éstas, empezaron a despuntar los rayos de una nueva aurora: la Reforma religiosa. Uno de estos rayos fué Pedro Waldo, rico comerciante de Lyon, que habiendo encontrado en la Biblia lo que tanto ansiaba su alma, se consagró en cuerpo y alma a propagar entre el pueblo la verdad que había encontrado a costa de

tanto trabajo. Empleó toda su fortuna en traducir la Biblia del latín y sacar copias, que puso en manos del pueblo. Excomulgado y perseguido por Roma, tuvo que hacer de su vida una continua peregrinación, dejando huellas de su benéfica influencia en el Delfinado, en Picardía, en los Alpes, en Alemania y en Bohemia, donde murió en el último tercio del siglo XII. En la obra de Pedro Waldo tenemos muy bien marcada una de las grandes características de la Reforma: el amor a la Palabra de Dios.

Otro de los rayos precursores del sol de la Reforma fué Juan Wickliffe, catedrático de la Universidad de Oxford, en Inglaterra. Enamorado del estudio de la Biblia y de los Santos Padres, emprendió una cruzada contra los abusos del clero y los vicios de los frailes mendicantes. Ni que decir tiene la tremenda persecución que se desató contra Wickliffe. Dos siglos habían transcurrido desde los días de Pedro Waldo. La Reforma había empezado a alborear en Francia y en Inglaterra.

Un siglo más, y aparecía en Bohemia un hombre que, conocedor de la obra de Wickliffe, se propuso continuarla: este hombre se llamaba Juan Huss. Era precisamente en los días en que la Iglesia de Roma atravesaba uno de sus cismas más hondos, por disputarse tres papas el solio pontificio. Huss proclamó la autoridad de las Escrituras y la supremacía de la conciencia. Se celebró entonces un Concilio en Constanza, con objeto de resolver el cisma y reformar la Iglesia Romana. Lo primero se consiguió; pero en lo segundo, únicamente se concretó a escuchar, condenar y quemar a Juan Huss. Y cuéntase que cuando Huss era llevado al martirio, exclamó: «Ahora me asan a mí, pobre Huss (la palabra huss significa ganso); pero dentro de un siglo se levantará un cisne contra el cual no podrán prevalecer».

Años después, un fraile dominico en Italia, Jerónimo Savonarola, indignado por la corrupción que imperaba en el mundo y en la Iglesia; se lanzó a predicar ante las multitudes bajo la terrible imprecación: «¡Arrepentíos! ¡El juicio de Dios se acerca!» La persecución del papa Borgia acabó por conseguir el suplicio de Savonarola.

Pero la obra de la Reforma era invencible. Antes de que pasaran veinte años de la

muerte del dominico florentino, otro fraile, Martín Lutero, asestaba un terrible golpe a la Iglesia Romana fijando sus famosas noventa y cinco tesis en las puertas de la Iglesia del Castillo de Wittemberg, la vispera de la fiesta de Todos los Santos.

¿Qué fué lo que llevó a Lutero a realizar este acto? Acontecimientos diversos de su vida habían impresionado tan profundamente su alma, que decidió ingresar en un convento. En éste, primero, y después en la Universidad, se consagró al estudio y enseñanza de la Biblia. Por asuntos de la orden agustiniana, a que pertenecía, tuvo que ir con una misión a Roma. ¡Qué cosas no vería Lutero en la ciudad que creía santa, que el ilustre poeta Núñez de Arce pone en boca de fray Martín estas terribles palabras: «¡Roma, Roma, qué has hecho de mi Dios!»

Lutero volvió a Wittemberg, donde continuó como hijo sumiso de la Iglesia. Pero entretanto, el papa León X había mandado publicar unas indulgencias ofreciendo el perdón de los pecados a cambio de unas cuantas monedas, porque las orgías de la corte pontificia eran más y más escandalosas de lo que podría decirse, y se hacía necesario sacar dinero de todas partes. Lutero comprendió al momento las funestas consecuencias espirituales de esta escandalosa venta de indulgencias, y conociendo por la Biblia cómo podía alcanzarse el perdón de los pecados, redactó aquellas tesis y las expuso públicamente para que el pueblo cristiano conociera la verdad. Este hecho fué la chispa que hizo estallar el movimiento de la Reforma religiosa en toda Europa.

Desde este momento, la obra de la Reforma fué consolidándose y extendiéndose, teniendo Lutero sus colaboradores y continuadores, entre los cuales figuran nombres tan ilustres como los de Zwinglio, Melancthon, Calvino, Knox, Coligny, Reina, Valera y otros, que dedicaron todo su tiempo y todas sus facultades a la extensión de la Palabra de Dios y al renacimiento de la Iglesia Cristiana. La lucha entre las tinieblas y la luz había sido dura, pero al fin, para muchos pueblos, «¡post tenebras lux!»

Como españoles y amantes de nuestra patria, no podemos menos de lamentar que España sea una excepción en el concierto de los pueblos de Europa que abrazaron la Reforma. España pudo haber desempeñado un lucido papel en este movimiento, pues en los últimos días de Lutero, ya la Reforma había encontrado eco en los corazones de bastantes españoles de vasto saber y de elevada posición. Sus nombres están en las mentes de todos los evangélicos españoles. Pero la Inquisición sofocó aquel movimiento, y España quedó sumida en las tinieblas de la ignorancia, de la superstición y del fanatismo, de las cuales parece no querer levantarse. Un ilustre parlamentario español, Melquiades Alvarez, declaraba en cierta ocasión ante millares de españoles reunidos en importante comicio, que una de las mayores causas del atraso en España era el

haber rechazado la Reforma del siglo xvi.

A nosotros, evangélicos españoles, nos toca trabajar para que en nuestra República brille un día el bendito sol del Evangelio y alumbre la luz del mundo. Pero nada conseguiremos en este sentido si somos obreros ociosos, evangélicos vergonzantes. Es preciso que nos mantengamos firmes en la profesión de nuestra fe; que no nos avergoncemos de confesar públicamente el nombre

de Cristo, y que demos testimonio a grandes y a chicos del Evangelio. Si nosotros, que antes éramos tinieblas, somos ahora luz, debemos andar como hijos de luz y ser como una luz puesta sobre un candelero, que alumbrará a todos los que están alrededor, y de este modo podremos esperar que también algún día en España, «¡post tenebras lux!»

FERNANDO CABRERA

ULRICO VON HUTTEN (ESTAMPA HISTÓRICA)

Las riberas del lago de Zurich poseen un especial encanto: orladas de diminutos pueblos cuyas luces en las noches serenas se espejean sobre el agua, como si el cielo se hubiese volcado sobre ella. Quien una vez lo ha visto, no lo olvida nunca más. En medio del lago hay una pequeña isla que tiene una ermita y una cruz; sin inscripción alguna ésta, silenciosa y pobre aquélla. Esa isla, Ufenan se llama, es tierra católica, y por eso la cruz, allí elevada en memoria de un gran protestante, no ostenta nombre alguno. A Ufenan vino a morir el famoso Ulrico von Hutten, huyendo de los papistas y amparado por los protestantes suizos. Ulrico von Hutten, esforzado caballero, genial defensor de la causa evangélica, delicado poeta, cuyo corazón era una hoguera de fe que le abrasó el pecho enfermo y le purificó su inquieto espíritu. Después de muerto aun le persigue el odio católico. Pero no le olvida el amor y la reverencia de los evangélicos. Hablemos, pues, de él.

Es el año 1505. Un joven estudiante de leyes acaba de ingresar en el convento de Erfurt: Martín Lutero. En otro convento, muy lejos de Erfurt, en Fulda, un convento centenario y de soberbia tradición, el joven Ulrico von Hutten planea el modo de lanzarse al mundo. El viento trae aromas del Norte, donde las universidades de Colonia, Leipzig y Wittenberg son faros que orientan más seguros que los de las escuelas italianas. Un torrente circunda turbulento los muros de Fulda y discurre luego, manso, hacia el Norte. El joven fraile, Ulrico von Hutten, espera impaciente la noche que ha de favorecer su huida. La luna, no solamente cómplice de enamorados y poetas, se oculta cuando el fugitivo fraile endereza sus pasos sigilosos y rápidos hacia el Norte. El agua retumba. Y ya amanece.

Es el año 1520. En la populosa y artística ciudad de Nuremberg vive Alberto Durero, el gran pintor cuyos dibujos son muy apreciados en los estudios andaluces. Durero trabaja y presta oídos a la lectura del consejero Spengler, que, sentado junto al abierto ventanal, lee más bien para sí. El pintor y el consejero de la ciudad son los protestantes más ilustres de Nuremberg.

—¿Y quién, dijisteis, es el autor de tan estupendo libro? — pregunta Durero mientras mezcla rápido los colores con que pinta la espada del Apóstol Pablo.

—El autor de este *Vadiscrus sive Trias Romana*, maestro Durero, es el caballero von Hutten.

—¿No es poeta también? — inquirió aún el pintor.

—Cierto — corrobora Spengler —. Ha sido el poeta mimado del emperador Maximiliano... el abuelo de ese mozo que ha prometido dar sus reinos con tal de exterminar a nuestro insigne doctor Lutero.

—Ya lo sé — dice Durero despreocupado.

—¿Qué? ¿Que el emperador Carlos va a dar sus reinos, o que exterminará a nuestro héroe?

El pintor se volvió hacia su amigo con un gesto tan burlón, que ambos soltaron la carcajada.

—Pues sí — continuó el consejero —; von Hutten era hasta hace poco tiempo el guía de los humanistas alemanes. Pero desde que ha conocido a nuestro doctor se ha vuelto el protestante más valeroso de Europa.

Durero. — No parece que escribe con una pluma, sino con una espada.

Spengler. — Ha sido, es y será siempre un guerrero, a pesar de la suavidad que ha aprendido de la Palabra.

Es el año 1521 Lutero ya ha quemado la bula de excomunión con que el papa le ha obsequiado. En Alemania corren vientos de tormenta. Estamos en el castillo de Elerna, la residencia del caballero de Sickingen, amigo de Lutero. Sickingen y von Hutten están organizando mesnadas para acabar a sangre y fuego con el clericalismo romano en Alemania. Lutero lo desaprueba. En un aposento alto del castillo escribe von Hutten afanoso, rodeado de libros y foliantes. Su pluma se desliza rauda y suave sobre el papel, dejando un rastro de esbeltas letras góticas. Sobre una mesa, en regular desorden colocados, hay manuscritos y copias impresas de las obras que von Hutten ha lanzado al mundo, para terror del papismo: poesías, unas contra las bulas, otras ensalzando a Lutero; voluminosas cartas al emperador español protestando contra su intromisión en asuntos de la conciencia alemana; cartas di-

rigidas al príncipe de Sajonia, el protector de la Causa; libros contra el romanismo. El pensador se levanta para hojear un libro grande y pesado que se abre sobre un facistol: es la Biblia.

Es todavía el año 1521. La nieve resbala hacia los valles. Engrosan los ríos y en sus aguas límpidas se miran los bosques vestidos de primavera. Es el mes de Abril y estamos en la ciudad de Worms. Como las bulas excomunicatorias del papa pasan inadvertidas, el emperador Carlos V, bien aconsejado, ha convocado a luteranos y católicos para que ante su imperial presencia solventen el pleito que tiene a Europa en suspenso. El emperador lo hace no por el papa, sino por la unidad de sus propios estados. En los pasillos del palacio en que ha de tener lugar el histórico momento reina inusitado movimiento. Un clamor grande se alza en la calle: el doctor Lutero se acerca al palacio, rodeado de sus amigos y seguido de la muchedumbre, que se atropella por besar la túnica blanca del fraile. La sala de sesiones está abarrotada. El emperador desde su alto sitio examina curioso al monje rebelde, aunque sin entender una sola palabra de su fogoso discurso. Carlos V no conoce ni el alemán, lengua en que primero Lutero expone sus razones, ni el latín. Pero Carlos V sabe una cosa: aquel hombre que tan sereno está en pie ante su trono es el mayor enemigo del catolicismo. Y por eso le odia, le odia con todo el alma. Lutero ha concluido su discurso con las palabras: «Dios me ayude. Amén».

En las deliberaciones que tienen lugar, también en presencia del emperador, se llega a la conclusión de que es preciso condenar el luteranismo y exterminarlo de raíz.

Es el año 1523. Estamos en la isla de Ufenan. Suave, llama al angelus la campana de la ermita. No lejos de la ermita se alza una cabaña. El hombre que en ella mora está arrodillado, orando, la frente reclinada contra una mesa cubierta de papeles. Una espada desnuda, colocada al sesgo en la pared, recoge el postrer rayo de sol. El hombre es Ulrico von Hutten. Cuando se levanta, una tos violenta y seca le desgarra el pecho y perla de sudor su frente. El caballero von Hutten está enfermo de muerte. Fracasada la rebelión que él y el caballero de Sickingen dirigieron, muerto éste, deshechas las mesnadas, perseguido Lutero, Ulrico von Hutten se ha allegado hasta Zurich. El reformador suizo alemán Zwinglio ha dispuesto la isla de Ufenan como lugar de refugio y reposo del hasta entonces infatigable caballero de la fe. Los días transcurren sin monotonía, que no la hay para quien siempre medita sobre las cosas de Dios. De vez en vez una visita trae al enfermo noticias del mundo. Hoy parece también que ha llegado

alguien a la isla. ¿Un amigo o un papista? Von Hutten ha visto una figura negra atravesar el bosque y desaparecer dentro de la ermita. Von Hutten se acerca, despacio, la mano derecha sobre el pecho. En la ermita hay un hombre arrodillado, los brazos alzados en cruz y la cabeza devotamente baja.

¡Un papista! Cuando el orante se pone en pie y sale a paso lento, cojeando, sus ojos se posan en el caballero enfermo con una mirada desvaída, triste, de verdugo. Su cabeza es grande, calva y amarilla.

Von Hutten, lleno de secretos temores, le interroga. «Soy español — dice el extranjero —, y vengo de Tierra Santa.»

—¿Clérigo sois, o caballero en penitencia? — inquiriere aún von Hutten.

—Soy clérigo y caballero; clérigo de nuestra Santa Iglesia Católica y caballero de la Santísima Señora de los Cielos.

Se ensombrece el rostro de von Hutten. Nerviosa baja su mano derecha a buscar el pomo de la espada que años y años pendió de su costado.

El extranjero le mira y hace ademán de seguir su camino.

—¿Y te llamas? — pregunta von Hutten, mientras pugna por ahogar un golpe de tos.

—Ignacio de Loyola — dice el español —.

Solo queda von Hutten. Sus pasos encamina lento hacia su morada. Un crucifijo de marfil le mira desde la pared. Y junto al crucifijo cree ver von Hutten el triste rostro del peregrino Loyola. Y Ulrico von Hutten ora, ora ardientemente, por la causa del Evangelio: «Venga tu Reino...»

M. GUTIÉRREZ-MARÍN

Alianza Evangélica Española.

Temas de oración para Noviembre.

ACCIÓN DE GRACIAS:

Por el creciente convencimiento de que la obra de evangelización es la labor primordial de una Iglesia unida.

Por el privilegio de haber sido hechos todos los creyentes uno en Cristo.

Por la purgación de nuestros pecados que Cristo realizó sobre la Cruz.

SÚPLICAS:

Por una mayor comprensión de lo que es la Comunión de los Santos.

Por que el Señor haga desaparecer todas las supersticiones sobre purgatorios, suffragios por los difuntos, indulgencias, etc.

Por la paz de nuestra patria y en el mundo.

Los directores de reuniones pueden añadir los puntos de acción de gracias y de súplicas que las circunstancias demanden.

ÍNDICE DE 1934

Está a disposición de los señores coleccionistas.

NOVIEMBRE

3

DOMINGO
DE LA PRENSA

Un donativo para «España Evangélica».

El correr del tiempo nos trae otra vez al Domingo primero de Noviembre, considerado ya desde hace algunos años como «Domingo de la Prensa», y con tal motivo nos dirigimos a todos nuestros amigos esperando que nos mostrarán sus simpatías y nos prestarán su ayuda de un modo práctico.

Nunca ha estado ESPAÑA EVANGÉLICA tan necesitada de la ayuda de todos para poder seguir su publicación. Esto no es una excepción. La Prensa, en general, ha aumentado sus precios de suscripción y venta. Nosotros luchamos para mantener los que hasta ahora hemos tenido. Pero no podremos seguir así, de no contar con una decidida ayuda de los interesados en la propaganda de la Prensa.

La eficacia de la propaganda por medio de la hoja impresa, ya nadie la discute. La palabra impresa llega a donde no llega la voz humana. Y con una decidida ayuda de los evangélicos españoles, su periódico podría llegar hasta los últimos rincones de España. Unos pocos céntimos, un donativo, por modesto que sea, una colecta, por insignificante que parezca, pueden, unidas a otras, y a otras, y a muchas, realizar este milagro.

No consideramos necesario emplear argumentos mayores para convencer a todos de estas cosas, pues la realidad habla por ellas. Así, esperamos que sabrán aprovechar la oportunidad que ofrece el «Domingo de la Prensa», para que todos nos ayuden con sus oraciones y con sus limosnas a la extensa difusión del periódico unido de los evangélicos españoles.

¿Quiere usted buscarnos un nuevo suscriptor para este periódico?

Este número ha sido visado por la censura.



REVELACIÓN

El Evangelio según el capítulo uno del Génesis.

SEGUNDA PARTE

Y vió Dios que la luz era buena. Todo creyente verdadero ha de decir a esto, con un corazón agradecido: «Amén». ¡Qué maravilla tan grande es ser salvo! Ese día es el día primero de nuestra vida espiritual. No puede haber posesión actual, ni puede experimentarse el gozo de las maravillosas «cosas que acompañan la salvación», hermosamente tipificada en las operaciones creadoras de los días sucesivos, hasta que el alma entra en la esfera de la vida divina por el nuevo nacimiento. «El día primero» es el *alpha* de la vida y experiencia cristiana. Es necesario que en estos tiempos se dé énfasis a esta gran verdad: que *nadie puede vivir la vida cristiana hasta que ha recibido la vida cristiana para vivirla*. Ha de haber un día primero. Una vez le preguntaron a George Whitfield por qué predicaba tanto sobre el texto «Os es necesario nacer otra vez». Su contestación fué ésta: «Predico tanto sobre ese texto por una sencilla razón: porque *os es necesario nacer de nuevo*». Ésta es una teología antigua, pero también es la verdad eterna de Dios, que permanece inmutable. Como notamos en nuestro artículo del mes pasado, esta poderosa transacción de la regeneración es un milagro tan maravilloso como lo es la creación de «los cielos y la tierra», en Génesis uno, y hace del creyente una «nueva creación en Cristo Jesús», transforma el caos en orden, cambia las tinieblas en luz y produce vida de la muerte.

En nuestro último artículo consideramos el significado espiritual de la actividad creadora del primer día (versículos 1-5), ilustrando la manera que tiene Dios de conducirse con el hombre en su gracia, y los cuatro procesos que emplea el Espíritu Santo para pasar un alma de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás al poder de Dios. Ahora vamos a considerar el significado espiritual de lo que sigue. Hablaremos brevemente de los días segundo y tercero, y más especialmente del día cuarto.

El día segundo relata la creación del firmamento, llamado «Cielos» (versículo 8). Quiero solamente dar énfasis al aspecto espiritual de esto. Gracias sean dadas a Dios que la morada del creyente y su último destino es el lugar puro de gloria: los cielos. El día segundo siempre sigue al primero. No debe permitirse que los cristianos temerosos duden de su derecho a las mansiones celestiales. Hay un cielo que puede apropiárselo *aquí*, en esta tierra, y *ahora mismo*.

Cuando al alma redimida se le da vida y luz por vez primera, y el día primero es para ella una verdad presente, entonces el día segundo es ciertamente el advenimiento del cielo en su corazón. Esto es lo que se llama gozo supremo. Todo el gozo y la felicidad que precede al «día primero» es, en el reino de lo natural, el producto de la carne, y deja el alma vacía y sin satisfacción. El gozo es el fruto del Espíritu. Es una de las marcas de la vida llena del Espíritu. Las tinieblas y la tristeza jamás pueden ser compañeras de la gloria. El «día segundo» siempre ha de seguir al «día primero», trayendo consigo una felicidad y un éxtasis que levanta el alma más arriba de las desoladas redes de la adversidad y de las calamidades humanas. Un cristiano miserable es una monstruosidad, es una paradoja, es una anomalía. Él ha olvidado que el «día segundo» le pertenece tanto como el «día primero», y se contenta con una salvación a medias, mientras que son «bienaventurados los que confían en Jehová», y «el gozo de Jehová es vuestra fortaleza».

Los dos días siguientes, el tercero y el cuarto, ponen ante nosotros el designio y el propósito de la salvación. La idea principal del día tercero se expresa en medio del versículo central de su sección (versículo 11), y dice así: «Árbol de fruto que dé fruto según su género.» Nuestro Señor Jesucristo dijo: «Estad en Mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto de sí mismo, si no estuviere en la vid, así ni vosotros, si no estuviereis en Mí» (Juan, XV, 4). El Padre está interesado en vuestra vida y la mía. Él es el labrador, y busca frutos para sí en el corazón de sus hijos. Cada cristiano debe mantener en reserva una grande cantidad de esas manifestaciones del fruto del Espíritu, que son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y templanza.

Las lecciones espirituales del día cuarto son interesantísimas y de vital importancia para todos los creyentes. Aquí encontramos la cúspide de la experiencia cristiana; el pináculo de las verdades del libro de los Efesios se halla escondido en estos primeros versículos de la Palabra de Dios, y forma una continuación adecuada a las verdades incorporadas en la primera parte de este capítulo. En el día tercero observamos el objeto de la salvación hacia Dios, es decir,

ESPAÑA EVANGÉLICA no responde de las afirmaciones hechas en los artículos firmados, ni de las opiniones y juicios emitidos en las páginas "Revelación".

llevar fruto. Aquí descubrimos el fin divino de la redención hacia el hombre, es decir, testimonio. Consideremos esto dependiendo de la iluminación del Espíritu Santo. «E hizo Dios las dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que señorease en el día.» En las Escrituras el sol es invariablemente una figura de Jesucristo. En el libro de Malaquías os acordáis que, con referencia al Señor Jesucristo, se le llama «el Sol de Justicia» que traerá en sus alas salud. Ésta es precisamente la misma promesa que aquí tenemos, pero en distintas palabras. «La lumbrera mayor para que señoree en el día.» El amanecer de aquel bendito día no ha brillado todavía sobre este pobre y manchado Universo. Vivimos en una era que está caracterizada por todas aquellas cosas que el destronamiento del Señor Jesucristo significa. El hombre pecador está en el trono, en lugar del Hombre Dios. Esto es noche. Vivimos en una era de tinieblas espirituales y morales, y el Espíritu Santo constantemente se refiere a ella como tal. El fin de este impio mundo será las tinieblas de media noche para toda una eternidad. Sin embargo, para el creyente y para una tierra redimida, las agonías y dolores de parto de la gran tribulación terminarán en «el día». Sí: la venida del Señor es tan cierta como la mañana. Regocijémonos en esto: «La lumbrera mayor señoreará en el día.» Un día con el Señor es como mil años, y el corazón del creyente se regocija al pensar que por un milenio resplandeciente el diablo estará encadenado y el Señor Jesucristo, la personificación celestial de la Luz, reinará en este mundo. En aquel día las manos horadadas que fueron clavadas en una cruz tendrán el cetro del poder universal. En aquel glorioso día se doblará toda rodilla y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor. El Sol de Justicia no se ha manifestado todavía en este mundo, trayendo en sus alas salud. «Mas aun no vemos que todas las cosas le sean sujetas; pero los ojos de la fe pueden verle ahora como el Soberano venidero, como la Lumbrera Mayor que ha de brillar algún día radiante de esplendor. ¡Ojalá este pensamiento alboroce vuestros corazones! Hoy compartimos sus sufrimientos, pero en aquel día reinaremos con Él y compartiremos su gloria. Cada creyente en este mundo está en el lado victorioso. El triunfo ha sido obtenido en el Calvario, y «el día» declarará su plena consumación en una bendición universal.

Ahora notad atentamente la frase siguiente de este mismo versículo 16 que estamos meditando: «Y la lumbrera menor para que enseñorease en la noche.» ¿Qué significa esto? Significa *mucho* para el cristiano. Si la lumbrera mayor es un tipo del Señor Jesucristo, esta lumbrera menor es una figura perfecta de la Iglesia corporal de Dios, es decir, el cuerpo celestial en esta tierra, compuesto de todos los creyentes verdaderos que han sido incorporados por el Espíritu Santo en el cuerpo de Cristo. Esta lumbrera menor da su luz durante las horas oscuras de la noche para poder «alumbrar sobre la tierra». No posee luz de ella misma, sino

que refleja la luz de la lumbrera mayor, oculta a la vista de los hombres. ¿Puede concebirse una ilustración más hermosa y apropiada de la vida cristiana que ésta? La posición y vocación del pueblo de Dios comprado con la sangre de Cristo está aquí representada. La Iglesia está llamada a dar luz sobre la tierra en esta era de tinieblas. Ella no posee luz propia, su ministerio espiritual es un mundo maligno, es el reflejo de la gloria y hermosura del Señor y la demostración de sus excelencias. Esto sugiere otra proposición muy importante, a la cual debemos llamar la atención. La vida cristiana no es *tratar de servir por Jesús*. Esto, tal vez, es una idea popular. La luna no trata de brillar por el sol, sino que refleja la brillantez del mismo sol. La Iglesia es un cuerpo celestial destinado a manifestar sobre esta tierra la misma vida de Cristo. «Vive Cristo en mí», dice el apóstol Pablo, y éste es siempre el secreto del testimonio cristiano, si éste ha de ser efectivo. Muchos cristianos lloran el fracaso de sus esfuerzos sinceros de vivir una vida celestial; se lamentan por no poder vencer al enemigo y por no ganar almas para Cristo. Esto es porque están tratando de hacer lo imposible. Solamente hay uno que puede vivir la vida cristiana, y ése es Cristo mismo. «Él es nuestra vida.» La vida cristiana es la vida de Cristo. Él sólo puede vivirla, pero Él ha escogido mostrar esa vida por medio de agentes humanos. Cuando el espíritu, el alma y el cuerpo del creyente están sinceramente consagrados al Señor Jesucristo, todo su redimido ser se vuelve un vehículo de la vida divina. Dejadme que lo repita otra vez: no son mis esfuerzos de vivir por Cristo, sino *Cristo viviendo en mí* lo que da luz a este mundo en tinieblas. Alguien dijo a un negro convertido: «Sambo, he oído decir que tú ahora tienes la victoria contra el diablo.» «No soy yo quien tiene la victoria contra el diablo—contestó Sambo—, sino que es el Vencedor del diablo, que vive ahora en mi corazón.» «No ya yo, mas Cristo vive en mí.»

¿Te das cuenta de tus limitaciones, tu debilidad e inhabilidad en cumplir tu parte en el gran plan de la Iglesia de Dios? Entonces animate. «Hizo Dios la lumbrera menor para que señorease en la noche... *hizo también las estrellas.*» Cada uno de estos cuerpos celestiales funciona en el lugar que Dios le ha designado y forma parte del gran sistema solar. Ésta es la figura que Dios da de los *creyentes individuales*. Algunos miembros del cuerpo pueden ser «flacos, mas son necesarios»; estas palabras del apóstol Pablo deben ser un consuelo para muchos de nosotros.

Notemos en el versículo 17 cuál es el secreto importantísimo de las estrellas para que den luz sobre la tierra de una manera eficaz: «Y púsolas Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra y para enseñorear en el día y en la noche.» Aquí tenemos la *posición* íntimamente asociada con la *vocación*. Éstas dos son inseparables. Hay solamente un lugar desde el cual estos cuerpos celestiales pueden alum-

brar en el designio del Creador: esto es, en la expansión de los cielos. ¡Qué figura más hermosa es ésta de la posición del creyente en el propósito de Dios! «Sentados en lugares celestiales en Cristo Jesús.» El cristiano no es uno que vive en la tierra y mira hacia el cielo, sino más bien él está en los cielos mirando hacia la tierra. Aunque físicamente está en la tierra, no es de este mundo. El cristiano respira la vida de otro reino; su ciudadanía está en los cielos. Esto implica un tesoro celestial en vasos terrenales, un lenguaje celestial en labios terrenales, pensamientos celestiales en una mente terrenal. «Estarás encima solamente, y no estarás debajo.» Cada creyente tiene esta posición celestial en el propósito de Dios, pero el objeto constante del Espíritu Santo es hacer esta posición verdadera en la experiencia del cristiano. Estas lumbreras celestiales pueden funcionar efectivamente sólo desde arriba. Lo mismo sucede con los creyentes. Solamente apropiándonos la vida celestial momento tras momento, sosteniendo nuestra verdadera posición allí por una fe viva y rechazando ceder a la «ley del pecado y de la muerte», podemos nosotros alumbrar en la tierra. Enseñadme un creyente que haya descendido a un nivel mundano, bajando de lo espiritual a lo carnal y viviendo bajo el dominio de la «carne», y yo os enseñaré uno que ha cesado de dar luz a la tierra. Esto es una gran verdad, y la mayor parte de nosotros lo sabemos por

amarga y triste experiencia. Pero gracias sean dadas a Dios, que el Espíritu Santo nos concede el poder para vivir la vida victoriosa, y, a medida que nuestra voluntad se amolda a sus divinos designios, vivimos, pensamos, servimos, hablamos y testificamos de nuestro lugar adecuado, en las alturas con Dios. Que el Señor nos libre de descender, dando así lugar a la carne y a las sutiles maquinaciones del maligno.

Un pensamiento más para terminar. Notad el verbo que el Espíritu Santo usa para describir las operaciones de estas dos lumbreras. No es «brillar», sino «enseñorear». La palabra «enseñorear», que indica el reino universal del Señor Jesucristo en aquel día, es la misma que se aplica a la «lumbrera menor». ¡Aleluya! Los cristianos verdaderos son llamados a «reinar en esta vida» por uno: Jesucristo. Esto es victoria. Sugiere el dominio de una autoridad real sobre el enemigo. No hay razón alguna para que los cristianos experimenten la derrota. «Reinado» es la orden expresa al guerrero cristiano. Y concluiremos con una nota gloriosa de triunfo: «A Dios, gracias, que nos da la victoria por el Señor Jesucristo.» De esta manera, el «Evangelio, según el capítulo uno del Génesis», es magníficamente práctico en los pasos restantes de nuestra peregrinación terrenal, trasladándonos de la *ruina* al *reinado*.

REGINALD WALLIS.

EL ABC DE LA BIBLIA

CAP. LVII. - Y POR ÚLTIMO ENVIÓ A SU HIJO

HAY muchas más páginas en la Biblia que nos hablan de la quinta prueba, o sea la edad de la ley que Dios les dió a los hombres, que de cualquiera de las otras seis. Esto no quiere decir que ella sea más importante que las demás. Pensar así sería lo mismo que creer que Dios ama más a un niño que pesará cien kilos que a otro que pesara solamente cincuenta. Dios no toma en cuenta ni el tamaño ni el peso.

Hemos de recordar siempre esto, especialmente cuando meditamos en la Biblia de la manera que lo estamos haciendo en estos capítulos del A B C. Dios estaba probando a los hombres, tanto en la época entre el primer pecado y el diluvio, como entre el diluvio y la torre de Babel, cuyas pruebas se nos narran en pocos versículos, como en los años entre Moisés y Jesucristo, el tiempo de la ley, cuya historia ocupa varios libros de la Biblia. Y todas estas historias de la edad de la ley están en las Escrituras para nuestra bendición, y podemos aprender de ellas muchas lecciones importantes; pero si hemos de entender la Biblia y la manera de obrar de Dios con el hombre, hemos de ver todo aquel largo período de tiempo entre Moisés y Cristo como una sola edad, una de las pruebas que Dios estaba dando a los hombres.

Dios fué muy paciente con su pueblo durante este tiempo de prueba por la ley. Ellos pecaron una y otra vez, y fracasaron en la prueba cada año y cada día, y, sin embargo, Dios no los destruyó. Pero aun cuando Dios fué tan paciente, aquella prueba tenía que venir a su fin. Dios había demostrado a su pueblo en más de una ocasión que ellos eran incapaces de obedecer sus mandamientos, aunque ellos habían pensado que podrían hacerlo, y atrevidamente habían dicho: «Todo lo que Jehová ha dicho, haremos.» Pero ahora iba a demostrarse de una manera que jamás podría olvidarse y que probaría a todos los ángeles y a los hombres de todas las edades, que el hombre, de por sí, es absolutamente impotente y que sólo Dios es poderoso.

Cuando el Señor Jesucristo vino, dijo todo esto un día en esta historia: «Un hombre tenía una viña—dijo el Señor—, la cual cuidaba, cercándola con seto para que nadie viniese a hacerla daño. Esta viña él la arrendó a unos labradores para que la atendiesen, como era la costumbre, y para que le diesen una parte de su fruto en pago por ella. Así fué que, cuando llegó el tiempo de la vendimia, este señor envió a uno de sus siervos a los labradores para que le diesen la parte que le correspondía. Pero los la-

bradores que habían arrendado la viña eran malos y deshonestos, y, en lugar de darle al siervo el fruto que pertenecía a su amo, tomáronle y le apedrearón, mandándole vacío. Entonces el señor de la viña envió a otro siervo, y a éste mataron. Y así volvió a enviar a otros muchos siervos, y a unos hirieron y a otros mataron aquellos labradores malvados. Por último, aquel señor decidió mandar a su hijo, porque se dijo: «Tendrán en reverencia a mi hijo, y le darán el fruto que me pertenece.» Pero cuando los labradores vieron al hijo pensaron inicua mente, y se dijeron: «Éste es el heredero; venid, matémosle, y la heredad será nuestra.»

Cuando el Señor Jesucristo dijo esta parábola, Él no se refería a un labrador ni a ningún hombre en la tierra, sino que la parábola era la historia verdadera de Él y de su Padre. Dios el Padre era el que poseía una viña, y Él había puesto a su pueblo, Israel, al cuidado de su viña. Pero los profetas que Él mandó fueron tratados cruelmente y muchos de ellos fueron muertos por la gente que no quería su justicia. Os acordéis cómo el pueblo murmuró contra Moisés, y cómo la infame reina Jezabel trató de matar a Eliseo. Uno de los reyes de Israel mandó meter a Jeremías en un hoyo, donde se enterró en el lodo hasta debajo de los brazos. Otros profetas fueron muertos, hasta que, por último, el Padre envió a su Hijo Jesucristo, su único Hijo. Su pueblo debía haber reconocido que Éste era el hijo de Dios, pero lo que hizo fué aborrecerle y rechazarle, por causa de la maldad de sus corazones.

Sabéis todos vosotros la historia del niño Jesús; no necesitamos repetirla, porque nuestro propósito no es decir las historias de la Biblia, sino que queremos explicar lo que trata la Biblia. Hay lecciones que podemos aprender de cada una de las historias del Antiguo Testamento que aun no hemos dicho.

El significado verdadero de la historia del nacimiento del niño Jesús es que Él era el Hijo de Dios, que vino al mundo para traer al pueblo perdido de Israel la última oferta de la ternura y paciencia de Dios. Aunque ellos habían apedreado y matado a sus mensajeros, Dios todavía amaba a su pueblo, y así les mandó a su Hijo. El Señor Jesucristo vino primeramente a los suyos, su pueblo escogido, Israel, y les ofreció el reino del cual los profetas habían hablado; pero ellos no quisieron aceptar este reino como Él se lo ofrecía. Cristo dijo que los mansos, los de puro corazón, los que tenían hambre y sed de justicia, éstos heredarían el reino. Pero a los judíos no les gustó esta descripción del reino, porque sus corazones no eran puros, ni tenían hambre de justicia, así como tampoco eran ellos mansos y humildes. Ellos querían el rey de un reino donde ellos pudieran gobernar según su parecer. No querían seguir siendo siervos del Imperio romano, sino querían derrotar

a sus enemigos y gobernar ellos mismos sobre toda la tierra. De manera que rechazaron a Jesucristo. No quisieron que Él gobernara sobre ellos, y, por último, le clavaron en una cruz.

En aquel momento la quinta prueba que Dios había dado a los hombres había terminado. Los hombres habían demostrado su impotencia para guardar los mandamientos que Dios les había dado. Cuando ellos crucificaron al Señor Jesucristo, al Hijo de Dios, demostraron lo que había en sus corazones. La muerte de Cristo es la medida final del corazón de cada hombre. Podrá haber hombres buenos en la tierra, aunque Dios dice que todas las justicias de los hombres son como trapos de inmundicias, pero también hubo hombres capaces de crucificar al Rey de gloria.

CAPITULO LVIII. — EL QUINTO JUICIO

Cuando el pueblo de Israel entró en pacto con Dios, comprometiéndose a guardar su ley, Dios le advirtió que le castigaría si no cumplía lo que Él mandaba. El Señor le explicó muy bien que si ellos obedecían todos sus mandamientos, serían bendecidos; pero que si hacían el mal, juicio seguro vendría sobre ellos. Ahora que el pueblo de Israel había demostrado, crucificando al Señor Jesucristo, lo perverso que eran sus corazones y lo lejos que estaban de guardar la ley, ellos habían de empezar a ver el castigo que merecían.

En la parábola del hombre que mandó a su hijo a los labradores de su viña, Jesús terminó aquella lección con una pregunta. Después de decirles que el hijo había sido echado fuera y matado, el Señor les preguntó: «Cuando viniere el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?» (Mateo, XXI, 40).

Los judíos que le escuchaban no entendieron que Jesús les estaba declarando su propia historia en esta parábola, y que ellos iban a pronunciar su propia condenación y castigo; y así, la contestación de ellos a la pregunta del Señor fué ésta: «A los malos destruirá miserablemente, y su viña dará a renta a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo.»

Pocos años después que el Señor Jesucristo fué crucificado, la contestación que los judíos habían dado al Señor, sin pensar y sin saber, se cumplió exactamente como ellos habían dicho. En la Biblia no encontramos el relato de lo que les sucedió a los judíos, pero la Historia nos lo dice. Jesucristo había hecho referencia a esto en una de sus profecías, cuando dijo: «Y cuando viéreis a Jerusalem cercada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado... porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas... porque habrá apuro grande sobre la tierra e ira en este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalem será hollada de las gentes, hasta que los tiempos de las gentes sean cumplidos» (Luc., XXI, 20-24).

Pero de esto que parecía tan terrible, la crucifixión del Hijo de Dios, Dios había planeado hacer el camino de salvación, no solamente para el pueblo de Israel, sino para todo el mundo. Estudiaremos acerca de este plan de salvación cuando veamos la prueba sexta que Dios dió a la Humanidad, en cuya prueba vivimos tú y yo ahora. Pero no debemos olvidar que la muerte de Cristo tenía un significado especial para el pueblo de Israel. Ellos le entregaron para ser crucificado, y son responsables por ese gran pecado. Tenía que haber un juicio o castigo por el fracaso de esta prueba, lo mismo que en todas las demás. Pero nosotros somos responsables también por la muerte de Cristo, porque somos pecadores, y fueron también nuestros pecados los que hicieron necesaria la muerte del Salvador.

Esto fué solamente una alusión; la Historia nos dice la terrible realidad.

En el año 69 de la era cristiana, es decir, como treinta y nueve años después de la muerte y resurrección de Nuestro Señor, el ejército romano invadió Palestina. Había habido allí soldados romanos desde hacía muchos años, pero ahora los judíos se rebelaron y se encerraron en las murallas de Jerusalem y los romanos acamparon alrededor de la ciudad. Un historiador llamado Josefo nos dice que la situación fué tan terrible dentro de la ciudad, que sus moradores tuvieron que comerse los muertos, y aun devorar a sus propios hijos. No tenían alimento, y los sitiadores romanos no dejaban entrar ni salir de la ciudad. Pero aunque los judíos resistieron tenazmente no pudieron librarse del juicio de Dios. Llegó el día en que los romanos tomaron la ciudad y entraron en ella. Casi todos sus habitantes fueron muertos por el enemigo o perecieron de hambre. La ciudad entera fué saqueada y los romanos hicieron con su presa como mejor les pareció. Después de tratar a los cautivos de la manera más cruel que imaginarse puede, los vendieron como esclavos. Muchos miles fueron vendidos como esclavos a Egipto, y otros tantos fueron vendidos en otros lugares. Después los romanos destruyeron la ciudad completamente de manera que no quedó piedra sobre piedra. Esto fué exactamente lo que Jesucristo había dicho que sucedería. Los discípulos en una ocasión le habían estado mostrando al Señor los edificios del templo, hechos de grandes piedras. Y Él les contestó: «¿Véis todo ésto? de cierto os digo, que no será dejada aquí piedra sobre piedra, que no sea destruida» (Mat., XXIV, 2). Entonces la ciudad fué destruida, sus edificios quemados y las murallas caídas. Fué la desolación más grande que había venido sobre aquella ciudad, pero esto fué lo que el pueblo de Dios se había buscado, y ahora estaban recibiendo el justo castigo que merecían. Dios tenía que cumplir sus promesas de castigo de la misma manera que sus promesas de bendición.

Recomiende a sus amigos

ESPAÑA EVANGÉLICA

En el templo, donde los sacerdotes sacrificaban las ofrendas y expiaciones, estaban todos los vasos de oro que habían sido hechos por los mejores artífices de Israel. Cuando el pueblo de Dios fué llevado cautivo a Babilonia estos vasos fueron llevados con ellos. Pero cuando el rey Baltasar, con mil de sus príncipes, mandó que trajesen los vasos de oro que pertenecían al templo de Dios para usarlos en sus borracheras y en medio de sus orgías (Dan., V, 3), Dios hizo que una mano invisible escribiese en la pared el juicio de aquel soberbio rey por haber profanado los vasos de Dios tan indignamente. Pero Dios no había terminado con el uso de aquellos vasos, Él cuidó de ellos porque sabía que Esdras y Nehemías regresarían a Palestina, y que el residuo del pueblo que también volvería con ellos reedificarían el templo para continuar allí la adoración de Dios. Así que Dios, después de castigar a Baltasar y a sus príncipes, y de quitarles el reino para dárselo a los medos y persas, envió estos vasos con aquellos que regresaron a la tierra de Palestina.

Pero Dios ha terminado ya con aquel templo y con todos sus vasos. Cuando Jesucristo murió hubo un gran terremoto y el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo como señal de que las ceremonias del templo habían concluido y que ya no era necesario venir a Él por medio del altar y de los sacerdotes. El velo separaba el lugar santo del Lugar Santísimo, donde solamente el sumo sacerdote podía entrar una vez al año, y donde había estado hasta entonces la presencia de Dios. Cuando el velo se rompió en dos, cualquiera podía haber mirado adentro y haber visto el arca y la cubierta. Esto demostraba que el Señor Jesucristo, al morir en la cruz, había abierto el camino para que todos se pudiesen acercar a Dios. Pero evidentemente, los sacerdotes cosieron después el velo y siguieron haciendo en el templo los sacrificios como antes.

Ahora, cuando los romanos tomaron la ciudad de Jerusalem, Dios permitió que ellos destruyeran el templo completamente y que se llevaran los vasos de oro que en otro tiempo habían sido sagrados. En la ciudad de Roma, aun hoy día, puede verse el arco de triunfo que Tito, el general romano que destruyó a Jerusalem, edificó en memoria de su victoria. Grabado en las piedras del arco se conservan todavía las figuras de estos vasos y del candelero del templo. Dios había terminado con el templo y todos aquellos sacrificios. Ahora Él empezaba una nueva prueba para con los hombres. Esta nueva prueba es la nuestra, y se llama la edad de gracia.

**El próximo número de
ESPAÑA EVANGÉLICA
se publicará, Dios mediante, el
jueves día 14 de Noviembre.**

DICE LA BIBLIA...

Preguntas y Respuestas.

Pregunta.

¿Es verdad que Dios permite que Satanás haga en este mundo lo que le plazca? ¿No tiene esto ciertas condiciones?

Respuesta.

Satanás es llamado en las Escrituras «el dios de este siglo» (2.ª Cor., V, 5), «el príncipe de la potestad del aire» (Ef., II, 2), y «el príncipe de este mundo» (Juan, XII, 31; XIV, 30; XVI, 11). Su gran poder le fué dado por Dios mismo cuando fué creado «perfecto en todos sus caminos». Su nombre era entonces Lucifer o Lucero. Este ser extraordinario se rebeló contra Dios, e iniquidad fué hallada en su corazón. Su pecado fué el orgullo (1.ª Tim., III, 6) ya que él quiso ser semejante al Altísimo (Isa., capítulo XIV, 12-14). No se encuentra ningún versículo en la Biblia que indique que el ejercicio de su poder ha sido limitado todavía, aunque por la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo la obra se cumplió que resultará algún día en su destrucción.

Este poder de Satanás es absoluto para el mundo, aunque no puede tocar al cristiano sin pasar antes por la voluntad de Dios. Cuando Dios le dijo a Satanás que considerase a su siervo Job, varón perfecto y recto, el enemigo exclamó: «¿No le has tu cercado a él, y a su casa, y a todo lo que tiene en derredor?» (Job, I, 10). Esta gran verdad que el padre de la mentira se vió obligado a declarar es una de las promesas más preciosas y más consoladoras de las Escrituras. Satanás confesó su impotencia para hacer daño a los escogidos del Señor mientras ellos estuvieran cercados por Él. Nuestro baluarte es el Señor Jesucristo; Él está alrededor nuestro. Él es nuestra armadura, con la cual podemos resistir todas las asechanzas del maligno: Él es nuestro escudo de la fe, con el cual podemos apagar todos los dardos de fuego del enemigo.

No hay para el mundo ninguna promesa semejante a ésta. El príncipe del mundo gobierna y obra en él según su parecer. Él está tratando de organizar su reino como un reino falso de justicia, pero sus planes son frustrados por la naturaleza perversa del hombre, que tan a menudo tiende al relajamiento y corrupción moral en lugar de a la justicia farisaica, que es el ideal de Satanás. Si Satanás pudiera organizar y unir su reino, ¡qué feliz sería! Pero el hombre vicioso no quiere adoptar las reglas de ética de algunos hombres, y los hombres morales aborrecen el vicio. ¡Qué situación tan difícil es la de Satanás! Su reino está dividido contra sí mismo, y por lo tanto no puede durar.

«Sabemos que somos de Dios, y todo el mundo yace en el maligno» (1.ª Juan, capítulo V, versículo 19 V. M.). La Biblia hace siempre distinción entre el mundo y aquellos que pertenecen al Señor. Éstos es-

tán dentro del muro que Dios pone a los suyos, el mundo por el contrario, yace en el poder del maligno.

Pregunta.

¿Es verdad que la petición de Pedro cuando estaban en el monte de la transfiguración, de edificar allí tres pabellones, fué inspirada por Dios lo mismo que cuando él confesó que Cristo era Dios?

Respuesta.

Si leemos con cuidado los pasajes en los tres Evangelios que relatan el incidente de la transfiguración, veremos que esta suposición no tiene fundamento. Leemos en Lucas IX que Pedro y los otros dos discípulos estaban dormidos mientras la gloriosa escena se desarrollaba, y que despertaron cuando el resplandor de la transfiguración estaba en su apogeo. Fué entonces cuando Pedro pidió edificar allí tres pabellones. Es de notar que el Señor acababa de hablar de su salida a Jerusalem, o sea, de sus sufrimientos y de su muerte en la cruz. La contestación que recibió Pedro fué el regaño mayor que un hombre ha recibido: «Este es mi Hijo amado; a Él oíd». Pedro debía de escuchar a Cristo y darse cuenta de que lo que el Señor había dicho de su muerte tenía que cumplirse. Pedro estaba deslumbrado con la gloria del milenio y quería que tuviese lugar entonces. Pero haber tenido las glorias del milenio sin antes la muerte de Cristo hubiera sido una violación de la santidad de Dios, y esto no puede imaginarse cuando consideramos el resto de las Escrituras. Debemos recordar que Pedro se equivocó casi todas las veces que habló y que su actitud antes de la muerte de Cristo fué dominada por la carne más bien que por el Espíritu de Dios.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN PARA 1933

España y Portugal.

Año	6,— ptas.
Semestre	3,— »
Paquetes desde 10 ejemplares:	
Trimestre, por ejemplar	1,25 ptas.
Semestre, por ejemplar	2,50 »
Año, por ejemplar	5,— »

América.

Año	10,— ptas.
Semestre	5,— »
Paquetes, por ejemplar	8,— »

Los demás países.

Año	12,— ptas.
Semestre	6,— »

Importante. — Las suscripciones por paquetes habrán de abonarse NECESARIAMENTE antes de terminar el trimestre correspondiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Beneficencia, núm. 18. - Madrid (4).
TELÉFONO 33590.

NO OLVIDÉIS
enviar el importe del tercer
trimestre, ya vencido.

CRÓNICA LUSITANA

DESPUÉS de mi última «Crónica», ¡cuántas cosas he deseado contar en nuestra querida ESPAÑA EVANGÉLICA, sin que el tiempo me lo haya permitido!

Entre los libros que he recibido figura esa joya de la Editorial Juan de Valdés. *Consideraciones y Pensamientos de Juan de Valdés, escogidos y prologados por Juan Orts González*. Es un modelo editorial para los portugueses, que tienen que modernizar al compás del progreso de nuestro tiempo. Tengo la esperanza de ver en breve una iniciativa semejante en Portugal, de tal manera que despierte interés en la misma España; así como es necesario que las *Consideraciones* y otras obras lo despierten en Portugal. De otros libros hablaré en otra ocasión.

Desearía hablarlos de dos hechos que han interesado a los evangélicos de estos lugares, en estas últimas semanas: el homenaje a Diego Cassels, en Vila Nova de Gaia, y la muerte de un artista lleno de talento y de esperanzas, que con su esposa, muerta con él en el mismo accidente de motocicleta, han tenido los homenajes de sus hermanos evangélicos y de todos los artistas de Lisboa. Era el autor del proyecto aprobado para el monumento al infante Don Enrique, el Navegante, destinado a ser erigido en la punta de Sagres, y era hijo del mejor acuarelista portugués, fallecido ha poco, Roque Gameiro. El joven y malogrado escultor, muerto en tan triste desastre, se llamaba Rui Roque Gameiro, y su esposa María Elena Castelo Branco Gameiro; era sobrina de uno de los más notables ministros evangélicos de Portugal, ex cura de la Iglesia Romana, y ministro de las Iglesias Lusitana y Presbiteriana, José Nunes Chaves, autor de algunos de nuestros himnos de más fuerte expresión poética.

De Diego Cassels es difícil decir algo que ya no se haya dicho. La profunda impresión que su grande amor por el pueblo ha dejado es tal, que a un católico intolerante se le ha oído decir que «Diego Cassels era el único santo del Protestantismo».

Creo debo decirlos algo sobre las impresiones de Portugal ante las noticias de la guerra. Aquí, solamente los reaccionarios más descarados hacen causa común con Italia; pero el pueblo, en su criterio simplista, no puede admitir nobleza alguna en una invasión de tal naturaleza. Es necesario una agudeza de pensamiento muy sutil para justificarla, ¡y eso nos faltaba! Sin embargo, los cristianos tienen un pensamiento de especial compasión para los que sufren, de una y otra parte. Cuando vemos que cada uno de los cuatro mil kilómetros cuadrados que Italia ha conseguido conquistar le ha costado por lo menos tres vidas y once mil libras, nuestra cabeza instintivamente se mueve a izquierda y derecha, como quien niega, ad-

mira y condena con más tristeza que indignación. Para los cristianos que han aprendido con Pablo a no despreciar las profecías, el hecho más importante es el desarrollo del espíritu del Imperio de Roma. Es notable cómo Roma eclipsa poco a poco a Italia. Háblase más de las *Divisiones de Roma* y de las *decisiones de Roma*, que de los ejércitos de Italia y del gobierno de Italia. Marconi ha hecho en Brasil un importante discurso, terminando con un himno a la gloria eterna de Roma. Se están completando las tres fases del crecimiento de un hecho futuro: la vuelta de un grande aunque precario Estado o conglomerado de Estados en el Mediterráneo, de donde Italia, el país más dividido del Renacimiento, será el núcleo de mayor solidez. Cavour y Garibaldi hicieron la unidad de Italia; Mussolini ha creado la expansión de Roma, con el discreto concurso de Pío XI, que no ha sido estudiado, pero lo será seguramente un día. Creo que será un buen documento para el estudio de esta gravísima cuestión el trozo final de un artículo del *Diario de Noticias*, de quien nada sabe de hermenéutica, de Daniel y de Juan: «Hace casi dos mil años el imperio romano cayó en mortal somnolencia y adquirió luego la rigidez de los cadáveres. ¿Será cierto que no ha muerto y que al despertarse de su catalepsia no se conformará con ver repartido entre los bárbaros del norte un mundo que ha sido suyo? No se puede decir rigurosamente que la historia se repite. Pero ella es, sin duda, un espejo mágico que de tiempo en tiempo devuelve a los pueblos su juventud perdida, restituyendo la mejor imagen de sí mismos...»

Esto es interesante, ¿no? Es política en el más notable y elevado sentido, como los profetas de Israel la consideraban, dentro de la historia psicológica, estudiada en las raíces del alma. Sir J. R. Seeley ha dicho: «La política sin historia no tiene raíces, y la historia sin política no tiene frutos». Yo así lo creo, y lo aplico a las meditaciones de un cristiano. Y al fin y al cabo, que no sean olvidadas las súplicas del Negus etiope a la Convención de Keswick, y oremos por la paz del mundo, fundada en la paz del alma.

Mañana se conmemora la toma de Lisboa a los moros. Es una fiesta nueva que tiene mucho de artificial, pues la conquista no se hizo solamente a los moros, ni fué hecha por los portugueses, fatigados por la conquista que Alfonso Henríquez había hecho de Santarem, sino por los Cruzados normandos. Se sabe del lugar donde las tropas del rey de Portugal acamparon esperando la entrada de los normandos, a quienes el rey había concedido todas las riquezas de la ciudad, excepto las vidas. Si la historia es verdad, esta conmemoración serviría únicamente para consolidar la vieja alianza con Inglaterra.

EDUARDO MOREIRA

Lisboa, 24 de Octubre de 1935.

¡... ..!!

(Salmo 46:1.)

*Polvo, sed, cansancio, aburrimiento,
el alma sofocada se quebranta,
la imagen del pasado desencanta
lo único feliz del pensamiento.*

*Buscando un reposo, el sentimiento
suspira a la altura donde canta
la armonía su luz, pero le espanta
la longitud azul del firmamento.*

*Con el corazón hecho pedazos
nos sentamos al borde del camino
y anhelantes clamamos: ¡miserere!...*

*Una dulce visión nos da sus brazos,
y librando nuestro pie del cruel espino
fortalece al débil pecho que se muere.*

MANUEL DEL BUSTO.

"Religion in the Republic of Mexico"

Publicado por *World Dominion Press* acabamos de recibir un interesante libro que lleva por título el que encabeza estas líneas. Estamos seguros que el libro es en extremo interesante, porque la cuestión religiosa en Méjico es la cuestión capital en aquella República, como lo es en la nuestra. La simple lectura del índice ya nos dice que en el libro hay mucho interesante que leer y mucho bueno que aprender. Tan pronto como dispongamos de unos minutos para su lectura, expondremos nuestra opinión acerca de él. Por hoy sólo consignamos su aparición, y el precio, que es el de 5 chelines, un tomo muy bien encuadernado. Pedidos a *World Dominion Press*, Founder's, Lodge, Mildmay Park, London. N. I.

A nuestros canjes.

En lo sucesivo habrán de dirigirse a Beneficencia, 18, y no al Apartado, como hasta aquí.

A fin del año actual suprimimos el Apartado de Correos. Toda la correspondencia debe ser dirigida a Beneficencia, 18.

¡YA ESTÁ AQUÍ

el calendario de "Esperanza y Promesa" para 1936!

Pedidos: JUAN FLIEDNER
Calatrava, 25. - Madrid (5).

Precio: 2,50 pesetas.

Cuando haya leído este periódico, no lo tire; envíelo a algún conocido.



INFORMACIÓN EVANGÉLICA

ESPAÑA

Reunión de Oración Unida.

El jueves, día 7 de Noviembre, a las ocho de la noche, en la Iglesia de Chamberí, Trafalgar, 34.

Unión Cristiana de Jóvenes.

Como en años anteriores, celebraremos éste (D. m.) del 10 al 16 de Noviembre próximo, la Semana Universal de Oración, con arreglo al siguiente programa:

Domingo 10. — «Embajadores de Cristo», por D. José Saco.

Lunes 11. — «Embajadores de gozo», por D. Ramón Taibo.

Martes 12. — «Embajadores de vida», por D. Juan Araujo.

Miércoles 13. — «Embajadores de libertad», por D. Antonio Jiménez.

Jueves 14. — «Embajadores de luz», por la Srta. Emilia Taibo, Presidenta de la U. C. F.

Viernes 15. — «Embajadores de liberación», por D. Feliciano Galán.

Sábado 16. — *Día de oración de la juventud.* — «¡Embajadores!», por D. Zacarías Carles.

A todos estos actos, que se celebrarán en nuestro local social, Hortaleza, 23, 3.º izquierda, a las ocho de la noche, excepto el lunes, que tendrá lugar en la U. C. F., son invitados todos los evangélicos, y de modo especial los jóvenes, a quienes agradeceríamos muy de veras su asistencia el sábado 16, que deseamos sea por todos conceptos un día de oración de la juventud. — *La Junta Directiva.*

A los pastores y obreros evangélicos de España.

Nuestro hermano en la Obra del Señor: Los abajo firmantes hemos pasado unos días en el hogar de nuestro hermano, Reverendo Juan Orts González, orando, estudiando la Santa Biblia y buscando los métodos más eficaces y prácticos de evangelización.

Al meditar en el poder divino, que de suyo tiene el Evangelio independiente de nosotros; al estudiar en los Hechos de los Apóstoles cómo se manifestó este poder, valiéndose de creyentes tan faltos de preparación, según ahora tomamos y entendemos esta palabra; al considerar lo que el Evangelio ha hecho en distintos períodos de la historia cristiana y las grandes conversiones que hoy está realizando en varios continentes y en varias naciones, algunas de ellas hijas de España, con humildad y reverencia nos hemos preguntado: ¿Por qué este Evangelio, de suyo tan poderoso y eficaz, no produce en España los mismos resultados y maravillas que en otros países?

Lejos está de nosotros desconocer los grandes sacrificios que la mayoría de los pastores y evangélicos españoles han hecho y están haciendo; ni tampoco ignoramos los prejuicios, supersticiones y obstáculos que han encontrado y ahora encuentran; así como no desconocemos que a veces varones muy santos han trabajado por años sin ver grandes resultados. Pero a la vez sabemos que en tiempos de los Apóstoles, y aun ahora, este Evangelio triunfador y poderoso, tropezó y tropieza con supersticiones, dificultades y prejuicios, tan grandes o quizás mayores que los que encuentra en España; y otra vez nos hemos preguntado: ¿Por qué, Señor, no vemos mayor número de conversiones en España? Paso a paso hemos llegado al convencimiento de que tal vez la clave de la situación está principal, si no exclusivamente, en poseer o no la debida plenitud del Espíritu Santo; puesto que de la guía y aplicación de este Espíritu Santo vienen los frutos de arrepentimiento, justificación, regeneración y santidad que el Evangelio de Cristo ofrece y da a todos los que de veras lo aceptan.

Comparando varios pasajes del Nuevo Testamento, hemos llegado a la conclusión de que todo creyente, por imperfecto que sea, posee ya al Espíritu Santo, pero no en su plenitud. (Léase Rom. VIII, 9; 1.ª Cor. III, 16, VI 19; Ef. II, 18; por no citar otros). Pero este mismo Nuevo Testamento nos demuestra que puede haber creyentes que están apagando este Espíritu (léase 1.ª Tes. V, 19), y se apaga cuando el creyente se deja llevar por las obras de la carne (léase Gál. V, 19-21). Puede haber otros que están mortificando al espíritu (léase Ef. IV, 30-31). Claro es que ninguno de éstos posee la plenitud del mismo. Todo pastor u obrero o creyente que está apagando o contristando al Espíritu, no puede proclamar el Evangelio de Cristo Jesús con el mismo poder y eficacia, como lo pueden proclamar todos aquellos que no lo están apagando o contristando; pues solamente estos últimos poseen la plenitud requerida para que el Evangelio realice sus gloriosas maravillas.

¿Qué hacer en vista de este descubrimiento, sino pedir con humildad y arrepentimiento que el Espíritu Santo nos perdone aquellos pensamientos, deseos, palabras y obras que hayan tendido a apagarle o contristarle, y pedir además que nos revele si queda todavía en nosotros algo que pueda apagarle o contristarle? ¿No es posible que otros pastores y miembros de la Iglesia Evangélica en España se hallen en la misma situación? Si todo verdadero creyente posee ya el Espíritu Santo, ¿por qué no poseerle también en su plenitud? ¿No sería dar un gran paso, si todos nos preguntáramos en la presencia del Señor si estamos apagando o contristando a este mismo Espíritu? ¡Oh!, si surgiera en los evangélicos españoles una actitud de confesión y arrepentimiento y mayores anhelos de poseer y sentir la plenitud del Espíritu Santo, ¿no creen nuestros hermanos que seríamos más bendecidos en la proclamación del Evangelio Salvador de Cristo?

Mucho nos ayudó a comprender nuestra propia situación leer Ecd. IX, 6; Neh. I, 6; Deut. IX, 3-10; porque estos varones santos se identificaron con su propio pueblo, se consideraron pecadores y pidieron perdón por ellos y por el pueblo.

En estas horas angustiosas por que está atravesando España, ¿no debiéramos todos los evangélicos dedicar algún tiempo a la oración intercesora, pidiendo al Señor que se apiade de ella y de nosotros? Leímos con mucho provecho y esperamos que si nuestros hermanos lo hacen, también lo obtendrán, Ex. XXXII, 30-32; Rom. IX, 3. Si nos acercáramos con fe y confianza al trono del Altísimo, intercediendo por España, ¿no nos la daría el Señor como dió Escocia a Knox, cuando rogaba diciendo: «Dame Escocia, o me muero». ¡Oh, hermanos! Si amamos de veras a España, debemos apresurarnos para salvarla.

Al escribir estas líneas, no hay en nosotros otro deseo ni otro propósito más que el de invitar a todos los que sientan como nosotros a que intensifiquen el estudio de las Sagradas Escrituras; a que den en sus ocupaciones diarias un lugar preferente a la oración intercesora, para que, guiados por el Espíritu Santo, hallemos los obstáculos que impiden su operación divina y recibamos el poder necesario para removerlos; y, de esta manera, que Él encuentre en la Iglesia el instrumento útil y limpio para bendecir a España. Que todo sea para la gloria y honra de nuestro Señor y Cabeza, es nuestra ardiente súplica.

Vuestros en el amor y comunión de Cristo: Reverendos Claudio Gutiérrez Martín, Progreso Parrilla, Patricio Gómez, Santos Molina, Juan Orts González, Miguel Blanco, José Pimentel, y señores Juan Mitchell, Salvador Iñiguez, Raimundo L. González y Antonio Serrano.

ANUNCIANTES

Suplicamos a todos cuantos nos han favorecido con anuncios durante el año en curso, se sirvan abonarlos a la mayor brevedad. No quisiéramos publicar una lista de morosos.

DE LA OBRA EN ESPAÑA... HACE SESENTA AÑOS

La libertad de conciencia y de cultos, considerada por *El Diario Español* como principio práctico de gobierno, es una calamidad moral o social; pero la acepta por no poderla extirpar, como se acepta la existencia de la peste cuando no se ha podido evitar su invasión.

No nos extraña semejante modo de expresarse en un colega que hace las cosas sin darse razón del por qué las hace. ¿Con que la libertad de cultos es una plaga?...

¿Habrán llegado a la redacción del colega alguna de tantas bendiciones como el ilustrado y humilde episcopado español reparte en estos días a los que se adhieren a su modo de pensar? ¿O es que teme las excomuniones y anatemas que se fulminan y salen de la inclita Roma? Si lo primero, no le importen las bendiciones de los hombres, si le bendice Dios. Si lo segundo, deseche todo temor y siga tranquilo defendiendo la verdad y la justicia. —(De *La Aurora de Gracia*, de 30 de Octubre de 1875.)

Lérida, 20 de Octubre de 1875.—Voy a darle a usted algunas noticias acerca de ésta. El día 19 se presentaron cuarenta y cinco carlistas armados en esta capital, para acogerse a indulto. Eran todos aragoneses, y procedían de la partida de Gamundi.

Les fueron recogidas las armas, y les dieron el socorro y permiso para pasear por la ciudad.

Veinte de ellos fueron a comer en la misma fonda en que yo paraba, y se sentaron en el mismo comedor en que yo estaba. Cenamos juntos, y, aprovechando la ocasión, entablé conversación con ellos, y les hablé algo del Evangelio; mas, al principio, creyendo que yo era un católico fanático, como ellos lo habían sido antes, no querían escucharme, y hablaban pestes del clero.

Cuando hubieron comprendido que yo no era lo que ellos sospechaban, me escucharon con gusto, aprovechando lo cual les di a cada uno un Evangelio; todos lo recibieron con sumo gusto, excepto uno, que, no habiéndome comprendido aún, lo hizo pedazos, diciendo: «Yo estudiaba para cura, pero esta guerra me ha abierto los ojos, y no quiero volver a ser engañado.»

De nuevo procuré convencerle de que yo no era católico romano; es tal el desengaño que se ha apoderado de este pobre sujeto y el odio que tiene a los curas, que los confunde con los evangélicos.

Sus compañeros me comprendieron, y quedaron muy contentos y agradecidos por los libros y por la explicación.

¡Que Dios se apiade de los hombres culpables que por su conducta dan lugar a que se dude de las cosas santas. —(De *El Cristiano*, de 30 de Octubre de 1875.)

El pastor evangélico señor Bon y el colportor señor Fernández Villarejo fueron presos hace unos días en Oviedo y en Gijón, respectivamente. Aunque el juez les dió

libertad al siguiente día, parece que siguen las tramitaciones, por lo cual no podemos hoy ser más explícitos. —(De *La Luz*, de 23 de Octubre de 1875.)

La Iglesia de Granada.—Apreciable amigo: Tengo la satisfacción de participarle que el Domingo 10 del presente inauguramos nuestra nueva capilla en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. El local estaba lleno de gente y, además, el patio, que se halla separado de la capilla sólo por una cancela de cristales, y aun desde la calle muchos oían el canto de los himnos y la predicación de la Palabra de Dios. Leí el capítulo VIII del primer libro de los Reyes, y tomé por texto el versículo 27 del mismo. Hice también una reseña histórica de los reformadores españoles hasta nuestros días, y concluimos orando al Señor y dándole gracias por nuestra creación, conservación y fe, por habernos deparado recursos materiales con que adquirir este edificio donde pudiéramos instalar la casa de oración y las escuelas, en las cuales se enseña la doctrina del Evangelio; por habernos concedido el privilegio de inaugurar en esta ciudad la primera Iglesia no católico-romana, propiedad de una congregación, suceso no visto ni permitido desde la toma de Granada por los Reyes Católicos. Pedimos a Dios sus bendiciones para todas las congregaciones españolas, para su crecimiento en número y fe, para el Gobierno de la nación, para todas las personas constituídas en autoridad, para todos los comités que contribuyen al sostén de la obra misionera en España, para todos los que han contribuido de cualquier modo a la adquisición y obra que se ha hecho en esta casa, para el señor Flíedner, por lo mucho que nos ha ayudado y ayuda, y por último, pedimos las bendiciones de Dios para esta congregación.

Al siguiente Domingo, día 17, celebramos aquí la Santa Cena del Señor. Mucho antes de las siete, hora en que empezó el culto, estaba ya llena de gente la capilla, pudiendo notar el espíritu altamente religioso que dominaba en la concurrencia, y del cual participaron también, según se me aseguró, las muchas personas que desde el patio y aun desde la puerta de la calle escuchaban la predicación. Cincuenta y cuatro fueron los comulgantes; y bien puedo calcular en unos trescientos los que asistieron al acto, siendo muy de notar que, aun cuando éste duró más de dos horas y media, muchísimos permanecieron en pie desde el principio por no haber asientos para todos. Esto, unido a su buena compostura y silencio, prueba que oían con interés y placer la Palabra y la predicación, el canto de himnos y las oraciones.

Créame, señor Director, suyo afectísimo hermano en la fe de nuestro bendito Salvador, *José Albama*, Granada, 20 de Octubre de 1875. —(De *La Luz*, de 30 de Octubre de 1875.)

ESCUELA DOMINICAL

Domingo 10 de Noviembre.

Ezequiel enseña la responsabilidad personal.

Ezeq., XXXIII, 7-16.

TEXTO ÁUREO: Cada uno de nosotros dará a Dios razón de sí. —Rom., XIV, 12.

TÍTULO: El centinela en su puesto.

1) PROPÓSITO: Enseñar a los niños cómo obedecer a Dios.

2) INTRODUCCIÓN: Hábleseles del trueno, anunciando la tempestad; la luz roja en la vía, anunciando la proximidad del tren; los mensajes de amonestación, el peligro del castigo.

3) LA LECCIÓN: Explíquese a los niños lo que es un centinela y cuáles son sus deberes. Preséntese a Ezequiel como el centinela espiritual de su pueblo. Hábleseles acerca del proverbio vulgar entre los judíos, de lo que éste significaba para ellos, del error hacia el cual les conducía y la valiente amonestación de Ezequiel. Impresiónese a la clase con el hecho de que cada uno es responsable de sus actos delante de Dios; de que Dios todo lo mira y de que un día tenemos que dar cuenta de nuestros pensamientos, palabras y hechos.

4) ILUSTRACIONES: Cítense brevemente algunas historietas de la Biblia que demuestren que el pecado siempre trae consigo el castigo: Caín, Judas, Ananías.

Domingo 17 de Noviembre.

La vuelta del cautiverio.

Esdras, I, 1-6; Sal. CXXVI, 1-6.

TEXTO ÁUREO: Grandes cosas ha hecho el Señor; estaremos alegres. —Sal. CXXVI, 3.

TÍTULO: El regreso feliz al hogar.

1) PROPÓSITO: Demostrar a los niños que aunque nosotros cometemos equivocaciones, Dios es infalible.

2) INTRODUCCIÓN: ¿Habéis tenido que estar ausentes del hogar alguna vez? ¿Cómo os habéis sentido lejos del cuidado amoroso y tierno de vuestras madres?

3) LA LECCIÓN: Háblese brevemente de la amonestación de los profetas al pueblo de Dios; del resultado de la desobediencia; de los sufrimientos y la tristeza del cautiverio, y luego del feliz regreso al hogar. Puede copiarse en una tira de papel con letras llamativas el edicto de Ciro, y hacer que la clase lo lea en coro. Luego hablarles del regocijo que experimentaron al recibir tan gratas noticias; de la caravana que se alistó para el regreso; de los donativos que recibieron; de la protección divina en el viaje, y de lo que decían las gentes al verlos regresar.

4) ILUSTRACIONES: Jacob regresando a su hogar; David volviendo a su patria; el hijo pródigo, etc.

Domingo Simón Peña

SASTRE

Mariana Pineda, 14 y 16, pral.

MADRID

Galería de Reformadores y Filántropos.

(Apuntes biográficos).

Pesetas.

Martín Lutero. Su vida y su obra, por Federico Fliedner.	
En rústica.	3,—
En cartóné.	3,50
En tela.	5,—
Felipe Melancton, preceptor de Alemania (folleto).	0,25
J. Hudson Taylor. Autobiografía del fundador de la Misión interior de China.	1,25
Juan Calvino, su vida y su obra, por C. H. Irwin.	
En rústica.	3,—
En cartóné.	3,50
En tela.	4,50
Juan Calvino (folleto).	0,25
Paul Rabaut. El Pastor del Desierto.	0,25
Juana D'Albret, reina de Navarra.	0,25
Un Campeón y Mártir de la Libertad, en España. Compendio de la vida y muerte de Manuel Matamoros.	0,50
Juan Howard. El amigo de los menesterosos, enfermos y encarcelados.	0,50
Josefina Butler. Una voz en el desierto (discurso memorable).	2,—
Vida del Coronel D. Jaime Gardier.	0,25
Raimundo Lulio, primer misionero entre los musulmanes.	
En rústica.	2,50
En tela.	3,50
Tamate. «El Livingstone de Nueva Guinea.» En rústica.	3,—
En tela.	4,50
Pedro Waldo y los Valdenses.	0,50
Teodoro Fliedner de Kaiserswerth, padre de las diaconisas (encuadernado).	3,50
Carolina Fliedner. Madre de las diaconisas (encuadernado).	3,50
Alberto Schweitzer: Entre el Agua y la Selva Virgen.	5,—
Recuerdos de Antaño, por Emilio Martínez. En rústica.	4,—
En cartóné.	5,—
En tela.	6,—
Historia de las Misiones: «Persia», por Fidela Fiske.	0,30
Miguel Healy, historia de un campesino irlandés.	0,20
Historia de Andrés Dunn.	0,25
Los Hermanos Españoles, novela histórica de la Reforma española del siglo XVI, por Débora Alcock. En rústica.	4,—
En cartóné.	5,—
En tela.	6,—
Héroes españoles de la fe, Cuadros de la Reforma, por E. Christ, 340 páginas.	3,50
Reseña histórica de la Inquisición española, por Narciso Yébenes.	0,60

Reformistas antiguos españoles.

En su tiempo, no en balde por cierto, predicaron; pero hoy su recio mensaje encontrará eco múltiple. Son voces que claman: ¡Aparejad en el desierto del escepticismo el Camino del Señor; enderezad en el yermo de la superstición calzada a nuestro Dios!

Carrascón.

Segunda vez impreso, con mayor corrección y cuidado que la primera. — **Para bien de España.** — 391 páginas. — En 8.º En rústica: 10 pesetas.

Imagen del antecristo y carta a Don Felipe II.

Ahora fielmente reimpresas. — Año 1849. — 172 páginas. — En 8.º En rústica: 5 ptas.

Dos Diálogos.

Escritos por Juan de Valdés. — Ahora cuidadosamente reimpresos. — *Valdesso hispanus scriptore superbiat orbis.* (Dan. Roger Epigr., in tum Juelli Humpbr. Vita Juel 4 to. 1573.) — Año 1850. — 481 páginas. — En 4.º En rústica: 12 ptas.

Artes de la Inquisición Española.

Primera traducción castellana de la obra escrita en latín por el español Raimundo González de Montes. — *En testem produco Reginaldum Gonsalvium Montanum, Hispanum, partem maximam libelli (quem iterum in lucem producamus, non tamen sine sanore) autorem. Hic igitur prodeat, et artes Inquisitionum secretiores tibi, exponat. Quas qui legerit, mimum ni in lacrimas protinus resolvatur: ¡Mirum ni protinus obstupescat!* (J. Ursino, en el prólogo.) — Año 1851. — 330 páginas y un apéndice de 105 páginas. — En 4.º En rústica: 25 ptas.

Los dos tratados del Papa y de la misa.

Escritos por Cipriano de Valera y por él publicados: primero el año 1588, y luego el año 1599. — Ahora fielmente reimpresos. — *Totius injustitia nulla capitaliar est quam eorum, qui cum maxime fallum, id agunt ut viri boni esse videantur.* — Año 1851. — 610 páginas y un apéndice de 72 páginas. — En 4.º En rústica: 30 ptas.

Breve tratado de doctrina útil para todo cristiano.

(Dispuesto, al parecer, por el Dr. Juan Pérez. Año 1560). — Ahora fielmente reimpreso. Año 1852. — 354 páginas y un apéndice de 30 páginas. — En 4.º En rústica: 25 ptas.

Ciento diez consideraciones.

De Juan de Valdés. — Ahora publicadas por primera vez en castellano. — *Valdesso hispanus scriptore superbiat orbis.* (Dan. Roger Epigr., in tum Juelli Humpbr. Vita Juel 4 to. 1573.) — Año 1855. — 544 páginas y un apéndice de 55 páginas. — En 4.º En rústica: 10 ptas.

La Epístola de San Pablo a los romanos y la 1.ª a los corintios.

Ambas traducidas y comentadas por Juan de Valdés. — Ahora fielmente reimpresas. — *Valdesso hispanus scriptore superbiat orbis.* (Dan. Roger Epigr., in tum Juelli Humpbr. Vita Juel 4 to. 1573.) — Año 1856. — 685 páginas. — En 4.º En rústica: 25 ptas.

Alfabeto cristiano.

By Juan de Valdés. — Which teaches the true way to acquire the light of the holy spirit. From the Italian of 1546. With a notice of Juan de Valdés and Giulia Gonzaga by Benjamin B. Wiffen. — *Valdesso hispanus scriptore superbiat orbis.* — London. — Basworth & T. Harrison, 215 Regent Street, 1861. — 696 páginas. En inglés, italiano y castellano. En rústica: 25 ptas. La parte inglesa, encuadernada: 10 ptas.

Biblioteca Wiffeniana. Spanish Reformers of two Centuries, etc.

From 1520, por E. Boehmer. — Volumen I. Año 1874. — En 4.º — 216 páginas. Ptas. 18.

Volumen II. — Año 1883. 374 págs. Ptas. 20. Volumen III. — Año 1904. 196 págs. Ptas. 25.

Ciento diez consideraciones.

De Juan de Valdés. — Primera vez publicadas en castellano el año 1655, por Luis de Usóz y Río y ahora corregidas nuevamente con mayor cuidado. — *Valdesso hispanus scriptore superbiat orbis.* (Dan. Roger Epigr., in tum Juelli Humpbr. Vita Juel 4 to. 1573.) — Año 1863. — 734 páginas. — En 4.º En pasta: 25 ptas. En rústica: 23 ptas.

Diálogo de Doctrina Cristiana.

Por Juan de Valdés. Reproducción en Facsimile de l'exemplaire de la Bibliothèque Nationale de Lisbonne. (Edition d'Alcalá de Henares, 1529), avec une introduction et des notes par Marcel Bataillon. Coimbra, 1925. 324 páginas, seguido de facsimil del original. En rústica: 12,50 ptas.

El Evangelio según San Mateo.

Declarado por Juan de Valdés. Ahora por primera vez publicado. Madrid, 1880. — 537 páginas. — En 4.º En rústica: 10 ptas.

Reimpresiones económicas.

Consideraciones y Pensamientos de Juan de Valdés.

Prologados y seleccionados por el Dr. Juan Orts González. En rústica: 4 ptas.

Juan de Valdés, Diálogos de Doctrina Cristiana.

Nuevamente compuesto por un religioso. Dirigido al muy ilustre Sr. D. Diego López Pacheco, Marqués de Villena. Impreso en 1529 en Alcalá de Henares y publicado nuevamente con motivo del cuarto centenario. Madrid, 1929. En rústica: 3,50 ptas.

Juan de Valdés, Diálogo de la Lengua.

Edición y notas, por José F. Montesinos. Madrid, 1928. En rústica: 6 ptas.

Alfonso de Valdés, Diálogo de las cosas ocurridas en Roma.

Edición y notas, por José F. Montesinos. Madrid, 1928. En rústica: 6 ptas.

Alfonso de Valdés, Diálogo de Mercurio y Carón.

Edición y prólogo, por J. F. Montesinos. Madrid, 1929. En rústica: 6 ptas.

Tratado para confirmar en la fe cristiana a los cautivos de Berbería.

Compuesto por Cipriano de Valera y por él publicado el año 1594. — Fielmente reimpreso. Madrid, 1872. — 8.º prolongado, 106 páginas. En rústica: 2 ptas.

El Catecismo de Heidelberg.

Publicado por Juan Aventrot en 1628. Ahora fielmente reimpreso. Madrid, 1884. — 16.º 80 páginas. En rústica: 50 céntimos.

Epístola Consolatoria.

Por Juan Pérez, reformador en el siglo XVI. Fielmente reimpreso. Madrid, 1874. — En 8.º 177 páginas. En rústica: 75 céntimos.

Joya Cristiana del siglo XVI.

Manera que se debería observar para informar desde la niñez a los hijos de los cristianos en las cosas de la religión, por Juan de Valdés. En rústica: 50 céntimos.

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 46, Madrid.
Para descuentos, con motivo de Navidad, dirijase a **JUAN FLIEDNER, Calatrava, 25. — MADRID - 5.**